

El accidentado camino a la adultez:  
**Quería ser como Charles,**  
de Hiram Sánchez Martínez

José Juan Báez Fumero

En una entrevista de 2020 en la Casa de las Américas de Madrid, ante preguntas sobre su técnica de escritura y los temas que le mueven a crear, el cuentista y novelista español, Antonio Muñoz Molina (Úbeda, 1956), señala: «Aprendí a escribir contando el mundo que yo conocía». Esta es una máxima que la mayoría de los narradores de todas las épocas ratificarían, creo que Hiram Sánchez Martínez entre ellos.

Con publicaciones previas enmarcadas en el mundo jurídico, su primer libro de interés general fue *Cuesta de los Judíos número 8*, memoria de la que *Quería ser como Charles* es secuela. Lo que Sánchez Martínez cuenta en ambas —la memoria de su niñez (hasta la graduación de primaria, cuando cumplirá 12 años) en la primera; su adolescencia (hasta que se gradúa de secundaria, año en que cumplirá 18) la segunda— fueron escritas, parafraseando al español Muñoz Molina, contándonos el mundo que él conoció.

La memoria es un género literario que participa de la flexibilidad que comúnmente se atribuye a la narrativa de ficción: puede contar sobre lo que ocurrió o pudiera haber ocurrido desde el espacio ambiguamente libre del recuerdo. Así como para sus primeras novelas Antonio Muñoz Molina se vale de las experiencias vividas en «el mundo que conocía», Sánchez Martínez se vale de sus recuerdos y de los de sus compañeros de vida en esos años de formación para construir una imagen creíble de lo que vivió en su niñez y adolescencia. *Cuesta de los judíos número 8* y *Quería ser como Charles* cumplen el propósito de la novela de aprendizaje o *bildungsroman* que relata la transición de la niñez a la vida adulta. Si seguimos el proyecto de nuestro autor, estamos en espera de la siguiente entrega, la adultez del protagonista.

En *Cuesta de los Judíos número 8* nos enteramos de los avatares iniciales en la vida del que rememora: sus orígenes humildes en medio de una familia obrera; las vivencias que al calor del hogar fueron construyendo su personalidad; sus primeros amigos; las creencias religiosas que heredará de sus padres; sus primeros acercamientos a los secretos de la sexualidad y al amor; sus primeros enfrentamientos con lo aprendido en el hogar y con las convenciones sociales; sus primeros triunfos escolares; sus primeras derrotas personales.

*Quisiera ser como Charles* comienza contándonos los pormenores de una entrevista de finales de 1967 donde el autor dialoga con su consejera vocacional sobre la posibilidad de ingresar en alguna universidad al graduarse de escuela superior el año siguiente. Al preguntarle Missis Barreras (la orientadora) a qué universidad

quería ir, este contestará que a la más lejana de Yauco, su pueblo. A renglón seguido la orientadora le pregunta por qué quiere irse tan lejos de su hogar y este es el diálogo con que concluye la entrevista:

—Es una historia muy larga, missis —le dije mientras me dirigía a la puerta—. A lo mejor algún día la cuente en un libro.

—¡Tú y tus ínfulas de escritor! —reaccionó casi entre dientes.

Y cerré la puerta. (22)<sup>1</sup>

La respuesta del entonces joven candidato a graduación, enigmática para la orientadora, plantea dos elementos esenciales para entender el hilo conductor de este relato y la personalidad de quien nos cuenta sus años de adolescencia: (i) el imperioso deseo de emanciparse de lo que el joven identifica como el yugo de su padre y su empeño, tal vez inconsciente, por menoscabar continuamente su autoestima (21), y (ii) las inquietudes artísticas que le llevan entenderse escritor.

Rastreemos en primera instancia el camino de formación del artista. El encuentro en 1962 con *Flor de leyendas*, de Alejandro Rodríguez «Casona» y otras lecturas literarias en el curso de Español de séptimo grado por medio de la motivadora dirección de la Srta. Rosin Rodríguez —Miss Rosin, como permitía que le llamaran— fue determinante. Así lo recuerda Hiram:

Eran historias europeas, del Medio Oriente y de la India, de lugares todos que yo desconocía a esa edad, y que vinieron a mi vida con una chispa especial que fue capaz de encender en mí lo que llegó a ser una afición apasionada por la literatura. Desde entonces, a punto de cumplir los doce años, decidí que no había nada mejor en la vida que la lectura... y estar enamorado (algo que descubriría un tiempo después) (32).

Ese descubrimiento de la literatura, y en consecuencia del mundo literario le llevará a participar a lo largo de sus años de escuela secundaria en diversas actividades curriculares y extracurriculares que le permitirán dominar el arte de leer, de escribir e incluso de la oratoria. Cuando en 1966 el Departamento de Instrucción Pública convocó a todos los estudiantes de escuela pública para participar en un concurso de oratoria con motivo de celebrarse en Puerto Rico los X Juegos

---

<sup>1</sup> Hiram Sánchez Martínez. *Quería ser como Charles*. Yauco / San Juan: Casa Yaucana: Taíndec / Publicaciones Gaviota, 2020. (Todas las citas del libro son de esta edición).

Centroamericanos y del Caribe, Hiram estaba listo. Ganó la competencia en Yauco y en Ponce, por lo que representó a la región educativa en San Juan. El escritor maduro que rememora lo que significó esa experiencia para el joven estudiante marginado, e incluso acomplejado por lo que entendía limitaciones físicas como veremos más adelante, señala:

Por primera vez en mi vida me sentí como debió haberse sentido el patito feo de Hans Christian Andersen cuando descubrió que no era lo que creía, sino cisne. Ya no era el que todos en la escuela pudieran ningunear; había demostrado que podía hacer algo mejor que otros: escribir y decir discursos (210).

De ritmo ágil y bien estructurado, la lectura de *Quería ser como Charles* nos acerca al desarrollo de la personalidad del protagonista desde su entrada a la pubertad hasta los albores de la adultez. El joven Hiram distribuye sus días entre su hogar en el barrio Almácigo Alto —donde se ha mudado su familia de la Cuesta de los Judíos número 8 en las afueras de la zona urbana—, la escuela y la tienda de ropa donde trabaja su padre. La vida se complica para un ser que, ante el laberinto emocional de la temprana adolescencia, se enfrenta a una figura paterna fuerte, cuasi dictatorial a los ojos del resto del grupo familiar. Así lo recuerda el protagonista:

Yo comenzaba mi adolescencia con una autoestima muy apaleada, con demasiados moretones en mis afectos. La realidad era que venía de un hogar de fuerzas desiguales; un entorno muy católico, dividido en dos frentes antagónicos: mi padre de un lado, y mi madre y nosotros de otro. Mi padre conducía el hogar de manera dictatorial, sin espacios, siquiera pequeños, para la disidencia (37).

El despertar al apetito sexual y a las relaciones amorosas juveniles camina a la par con la apertura, cada vez más consciente, al conocimiento escolar. El adolescente en desarrollo irá afianzando fortalezas y sufriendo debilidades. Su capacidad artística le brindará espacios destacados en la pintura, en la redacción y la oratoria estudiantil. La férrea disciplina paterna, su desgarrado físico (delgado, bajo de estatura) y su poca habilidad atlética abonan a un complejo de inferioridad que le causará más de un problema.

Temprano en la escuela intermedia tendrá que enfrentar sus monstruos interiores. En cierta ocasión, la maestra que despertó en él el aprecio por el mundo de la literatura, tiene que llamarle la atención por sus interrupciones constantes «con

comentarios patéticamente pueriles ante las más serias participaciones de los demás» (35). Ante la recriminación pública de Miss Rosin sobre el complejo de superioridad de Hiram, un compañero del grupo aclaró que el complejo era de inferioridad, y procedió a explicar el concepto para «asombro, bochorno y desconcierto» del aludido. Así lo recuerda nuestro amigo:

Los comentarios de miss Rosin y de Manuel me sacudieron como lo haría un rechazazo de un peso completo a la mandíbula de un peso pluma sobre el cuadrilátero. Quizás el atolondramiento físico no sería el mismo, pero ciertamente mi atolondramiento emocional me parecía peor. Nunca nadie me había señalado un defecto de la personalidad como el que ahora era objeto de discusión en medio de un salón atestado de caras serias de adolescentes pertenecientes a mis compañeros del 7-1, que aprendían sobre complejos a la misma vez que yo (36).

El que dos figuras de respeto para el joven adolescente: la maestra que le había impactado muy positivamente con su modo de enseñar y de acercarse solidariamente a los estudiantes y la del compañero (Manuel Cedeño) cuya bondad y sabiduría todos en el grupo apreciaban, sacudió su conciencia. Pagaba la deuda de todo adolescente al enfrentar el rezago de su egocentrismo infantil con las complejidades de la vida con los demás, con «los otros», fuera del círculo cerrado de la familia.

El humor y la alegría de vivir son dos de los elementos cotidianos que más se repiten en la vida de los adolescentes, aparte (como acabamos de comprobar) de los dolores de la construcción de la psiquis personal y a pesar de los problemas, el acoso e incluso las tragedias a las que serán expuestos. Son jóvenes y eternos. Entonces, en un libro como el que nos ocupa estos no pueden faltar. Su autor, avezado narrador, lo sabe y con ingenio y maestría nos adentra en anécdotas marcadas por la hilaridad. Entre estas, me llamaron la atención más de un relato dentro del relato principal. Resumimos dos de muertos o aparecidos. Doña Luz, vecina de la familia Sánchez Martínez en Almacigo Alto, les entretenía las noches sin televisión de principios de la década de 1960 con cuentos de muertos y aparecidos. Entre estos destacaba el de un ahorcado que aparecía en noches de luna colgando de un árbol de mangó a la orilla de la carretera.

Otro relato, verídico según quienes lo contaban —los abuelos maternos de Hiram y un tío— hablaba de un alma en pena que entraba a la casa de estos en las noches y que no dejó de hacerlo hasta que rezaron un novenario por la necesidad espiritual de esa alma en pena.

El joven Albert (Hiram Alberto) se aburría participando en rosarios y tuvo que ingeniárselas para evitar los que se rezaban en su propio hogar. El autor que nos ocupa las recuerda con nostalgia y con humor.

Pero, haciendo honor a la Clase del 68, clase de la que la memoria de Hiram Sánchez Martínez puede ser leída como suya propia, destacamos la que lleva por título «¡Coño Powell, te dije que te quitaras del medio!» (173-176). Fue en una tarde en que los atletas del grupo estaban practicando para el día de juegos —«Field Day» como le llamábamos en la época—, entre ellos William Rosario, conocido por todos como «Powell». Éste estaba practicando el tiro de la jabalina cuando ideó, nos relata Hiram, llamar la atención de su novia, quien para esos días estaba enojada con él. El recurso histriónico fue el siguiente. De acuerdo con otro compañero, cuando aquel lanzara la jabalina en su dirección se tiraría al piso de manera que, desde las gradas, donde estaba su novia, pareciese que le había atravesado el pecho. Hasta allí todo bien.

Con lo que no contaba Powell era con la reacción de sus maestros de Educación Física. Missis Dastas, al llegar compungida al lugar y comprobar la broma del estudiante, le regaló una sonora bofetada que casi da con él al piso. Entonces Powell, molesto, corrió hacia las gradas del parque y tiró varias vallas de las carreras con obstáculos que obstaculizaban su paso. El director atlético, don Antonio «Toñín» Nigaglioni (Mr. Niga, para sus alumnos), además de recriminarle con un «florido» discurso, inevitable en él, llamó la policía. Powell fue a parar a la cárcel municipal. Un tumultuoso grupo de estudiantes logró que el carcelero lo liberara. El Dr. Molini, mecenas de muchos jóvenes desventajados del pueblo (entre ellos el acusado) pagó la fianza. Powell se disculpó con el juez Becerra, otro conocido amante de los deportes en Yauco. Sus maestros de Educación Física, pasado algún tiempo, le perdonaron. Pero su muerte y resurrección en el terreno de juegos del vetusto parque Ovidio «Millino» Rodríguez quedó grabada en la memoria colectiva de la Clase del 68 y, por consiguiente, en la del autor de *Quería ser como Charles*.

Un elemento determinante en el camino de aprendizaje del ser humano es la experiencia escolar formal. En un país como el nuestro, de grandes desigualdades sociales, ésta adquiere una importancia trascendental. El novelista y educador puertorriqueño Enrique A. Laguerre, quien dedicó toda su vida productiva al desarrollo de la cultura y la educación plena del país lo puntualiza al afirmar que el mayor logro de nuestra escuela ha sido su labor como niveladora social:

...de la escuela pública se ha dicho mucho, a veces negativamente, y la escuela pública ha realizado una labor muy notable; que mucha de la gente ahora no parece apreciar. Sin embargo, los más altos valores no son de la

escuela privada, sino de la pública. Me refiero a los propósitos de la nivelación social.

La escuela pública, si eso solamente hubiera hecho, habría que aplaudírsele. Anterior a este sistema de escuela pública en Puerto Rico lo que había fundamentalmente era una escuela parroquial, más o menos en manos privadas y se practicaba bastante la discriminación social. Creo que la escuela pública consiguió eliminar esa discriminación social que había antes en Puerto Rico y a su vez instituyó la nivelación social.<sup>2</sup>

La generación de Hiram Sánchez Martínez vivió en carne propia esta aseveración y puede suscribirla en su totalidad. El hijo de don Chalo, dependiente en La Torre de Oro, una tienda de ropa ubicada en la calle Comercio de Yauco, y de doña Carmen, primero ama de casa y luego, cuando Hiram empezó a estudiar en San Juan, también empleada en la Torre de Oro para poder aportar a las necesidades de su hijo estudiante universitario, logró desarrollar su inteligencia y habilidades naturales gracias, en gran medida, a las oportunidades que supo aprovechar en la escuela pública de la mano de maestros dedicados y eficientes. El orgullo y agradecimiento que él y sus compañeros sienten por la escuela que les formó es evidente a través de las páginas de esta memoria.

Aunque en la casa de nuestro estudiante la biblioteca consistía de unos pocos libros y un diccionario, el sistema escolar de la época proveyó para que Hiram pudiera, por medio de una multiplicidad de actividades curriculares y extracurriculares, iniciarse como escritor en el periódico escolar; desarrollar sus capacidades artísticas en el dibujo y la pintura (incluso tomar clases con artistas de renombre nacional en lugares cercanos a su pueblo); apreciar representaciones teatrales de categoría universitaria en el teatro de su pueblo; ser parte del equipo que representó a su escuela en el Club 6, programa de la televisora del Estado donde se realizaban competencias escolares para medir el saber de estudiantes de toda la Isla; participar destacadamente en competencias de oratoria a nivel local y nacional; formar parte del llamado programa de «Grupos especiales», el que además de ofrecer clases de mayor nivel de complejidad con maestros destacados, ofrecía la oportunidad de adelantar cursos universitarios estando aun en la escuela superior; viajar por primera vez a San Juan y hasta Chicago en actividades auspiciadas por grupos gubernamentales como los Clubes 4-H, auspiciados por el Servicio de Extensión Agrícola, un programa del antiguo Colegio de Agricultura y Artes

---

<sup>2</sup> Enrique A. Laguerre, «Entrevista personal con Enrique A. Laguerre», *Enrique A. Laguerre: Pedagogía, literatura y puertorriqueñidad*, José Juan Báez Fumero. Yauco, Casa Yaucana: Taller de Investigación y Desarrollo Cultural, Inc. (Taíndec), 2005, pág. 147.

Mecánicas de la Universidad de Puerto Rico, hoy recinto de Mayagüez. (Hoy día puede parecer una simpleza, pero para muchos estudiantes de la época que nos ocupa eran viajes totalmente fuera de sus posibilidades).

Y en medio del proceso, los maestros. A pesar de recordar algunos mediocres o poco motivadores, Sánchez Martínez guarda admiración y respeto para la mayoría. Podríamos leer los comentarios elogiosos a miss Rosin Rodríguez, missis Rigau, missis Norma Ortiz, a la bibliotecaria de la Biblioteca Pública, Jenny Rivera, o a los maestros de Español Avanzado, miss María Luisa Rodríguez, y el poeta e historiador, Francisco Lluch Mora, para comprobarlo. Eran maestros que ante las carencias que obviamente también tenía el sistema y el país, hacían de su oficio su proyecto de vida. En este sentido, el caso de la maestra de arte, missis Catalá, es ejemplar. Había sido su maestra desde escuela elemental. Cuando el Departamento de Instrucción Pública dejó de proveer maestros de arte para la escuela superior, esta maestra singular fue a buscar a los estudiantes a la escuela y les ofreció clases gratuitas en su casa, fuera del horario escolar. Incluso les facilitó, libre de costo, los materiales necesarios. Recordemos, estos eran y son costosos, mucho más para estudiantes que provenían de hogares de escasos recursos como Hiram y la mayoría de sus compañeros. Así recuerda Hiram un día cualquiera en casa de missis Catalá:

Missis Catalá tenía una familia que atender. Durante nuestras clases semanales, ella debía continuar sus faenas domésticas. Cocinar era una de ellas. Así que, mientras picaba las cebollas y los pimientos y elaboraba otros ingredientes para el plato fuerte de la cena y velaba, además, el fuego de las cacerolas sobre las hornillas, ella nos instruía sobre la mezcla de colores, su calidez, los contrastes de las luces y las sombras, los volúmenes de las figuras, la composición del cuadro y los aspectos de la perspectiva...

Missis Catalá dejó una huella profunda en mí, no solamente porque me enseñó los primeros secretos técnicos de la pintura, sino porque nos dio a todos una lección de altruismo y generosidad (154).

El Museo de Arte e Historia de Yauco María Cecilia Franceschini Filardi de Catalá, inaugurado en la década pasada, ha perpetuado para la posteridad el nombre y el legado de esta admirable maestra.

Las vivencias de Sánchez Martínez en su barrio, en su pueblo, en sus escuelas ofrecen un interesante retrato de la microhistoria puertorriqueña en el suroeste del país en la década de 1960. Pero, además de lo ya expuesto, hay otro aspecto que hace de esta memoria un valioso documento de época. Como telón de fondo a los días, las semanas, los meses, los años vividos por un joven adolescente puertorriqueño en

Puerto Rico durante esa década, encontramos a cada paso acotaciones valiosas que ubican lo contado dentro del contexto nacional e internacional. La historia política, social y cultural de los convulsos años 60 del siglo pasado camina paralelamente y converge a cada paso con los acontecimientos memorados. Así nos enteramos de cómo impactó en la familia Sánchez Martínez el nacimiento y evolución del Partido Acción Cristiana a principios de la década, la muerte de Pedro Albizu Campos o el final de la hegemonía política del Partido Popular Democrático. Nos enteramos de los temores, las aprensiones que causaron en ellos y el resto de los puertorriqueños la llamada Guerra Fría entre los países que giraban alrededor de la influencia de los Estados Unidos y los que giraban en torno a Rusia, el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y la Crisis de los misiles de 1962 incluidos. De hecho, uno de los primeros capítulos de la memoria habla de los refugios antiaéreos en escuelas y como los jóvenes de la época vivían el temor constante a una conflagración atómica. Conoceremos de la presencia cada vez más influyente del cine y la televisión en la vida cotidiana de los puertorriqueños. La música de Elvis Presley, los Beatles, los españoles Raphael y Marisol (de quien nos enteramos era el amor platónico del joven Hiram); así como los artistas de la llamada nueva ola puertorriqueña, Chucho Avellanet, Lucecita Benítez, Lizette Álvarez, entre otros, serán parte esencial de los festejos juveniles de los miembros de la Clase del 68.

El asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy (22 de noviembre de 1963, en Dallas, Texas); el Concilio Vaticano II, gestado por el papa san Juan XXIII (1962-1965), la participación directa en la guerra de Vietnam de los Estados Unidos (1964-1975), las luchas por los derechos civiles bajo el liderato de Martin Luther King, así como las protestas contra la Guerra de Vietnam marcaron la vida de Hiram Sánchez Martínez y la de todos los puertorriqueños, al igual que la de millones de seres humanos alrededor del mundo.

Eventos deportivos como los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964 en Japón, donde el equipo de baloncesto nacional nos regaló la mejor actuación en su historia, tuvo un aliciente adicional para Hiram y los yaucanos: uno de los integrantes del equipo fue el legendario miembro de los Cafeteros de Yauco del Voleibol Superior, Ángel «Conejo» García. La celebración de los X Juegos Centroamericanos y del Caribe en San Juan de Puerto Rico en 1966, además de ser los primeros de su categoría celebrados en nuestro país, los juegos de la nadadora Anita Lallande y el velocista Juan «Papo» Franceschi, permitieron mostrar a Hiram sus habilidades como escritor y orador en el concurso que como ya hemos señalado, auspició el Departamento de Instrucción Pública.

La descripción del impacto de estas experiencias colectivas en la vida del joven yaucano permite además apreciar el arte narrativo de Sánchez Martínez. Sucesos como el asesinato de John F. Kennedy y el impacto colectivo en la memoria de la gente (el autor y la mayoría de los que lo vivieron recuerdan con precisión dónde

estaban cuando se enteraron) o los cambios que en la vida de los feligreses católicos, incluyendo a jóvenes como Hiram, generó el Concilio Vaticano II, gestado por el papa san Juan XXIII en ese primer lustro de la década son algunas de las páginas más atrayentes respecto a la memoria colectiva.

En este sentido, la guerra de Vietnam marcó la generación que nos ocupa. El sentimiento antibélico que generó no solo en Estados Unidos sino a nivel mundial, junto a otros procesos coetáneos como el movimiento *hippie*, con sus implicaciones en la forma de entender la vida de la nueva generación impactó profundamente la vida puertorriqueña. Un año después que el presidente Lyndon B. Johnson, sucesor de Kennedy, envió tropas a Vietnam del Sur, el conflicto era uno abstracto y lejano para nuestro narrador y sus compañeros. Estaban a tres años de graduarse de escuela superior y tener que preocuparse de cómo el Servicio Militar Obligatorio podría cambiar sus planes de futuro drásticamente. A finales de año eso cambió. Llegó la noticia de que el primer soldado yaucano había muerto en Vietnam. Era Migdelio Caraballo García, un joven del barrio Duey, hermano de Charlie, de Nora y de Payco, compañeros de escuela. Charlie estaba, como Hiram, en décimo grado; Nora en undécimo y Payco en duodécimo. Todos conocidos, todos amigos. La percepción de la guerra y sus implicaciones cambió dramáticamente:

Quando leía o escuchaba las noticias que se sucedían sobre la gran cantidad de bajas de soldados norteamericanos y puertorriqueños en el campo de batalla, no podía menos que sentir cierta zozobra. Sin embargo, por no conocer a ninguno de los soldados que partían, la gente que me rodeaba y yo mismo podíamos sobrellevar aquellas noticias como algo ajeno...

Ese sentido de buena fortuna quedó quebrado un día de finales de 1965 cuando se difundió por WKFE de Yauco la noticia de que un joven de nuestro pueblo acababa de morir en Vietnam (90).

No hay como el que una tragedia nos toque de cerca (a nosotros, a un ser querido, a un amigo) para que nuestra percepción de esa experiencia como cosa ajena y lejana desaparezca. Los amigos de Charlie, de Nora y de Payco la vivieron en primera persona.

Esta memoria culmina tres años después, en el verano de 1968, verano de protestas contra la guerra de Vietnam y contra el Gobierno francés en París. Es el verano que los estudiantes de la ya graduada Clase del 68, Hiram incluido, iniciaban su vida adulta, fuera de las paredes protectoras de la escuela, enfrentados de forma vital a la trascendental pregunta de ¿qué voy a hacer con mi futuro? Hiram había

decidido estudiar en la «Iupi», el recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, y estaba en busca de hospedaje. Esta es su meditación final mientras despide a sus padres, quienes le habían llevado al hospedaje que había alquilado en Santa Rita, en el sector universitario de Río Piedras aledaño a la Universidad. Recuerda su primer día de clases 12 años atrás; lo tranquilo que se había quedado cuando su padre lo dejó esa mañana, y el llanto y los gritos de otro niño que no quería que su mamá se fuera y lo dejara solo:

Me di cuenta de que habían transcurrido doce años desde aquel episodio que rescataba de mis recuerdos brumosos, episodio que para aquel niño marcaba el rompimiento de una atadura fuerte que le brindaba seguridad y sosiego. Desde entonces, había transcurrido toda mi vida estudiantil; toda mi infancia, mi puericia, y gran parte de mi adolescencia, los mismos doce años que me había tomado entender los sentimientos de aquel niño que lloraba desconsoladamente cerca de mí en el salón del primer grado. Y el terrible desamparo que debió sentir. Y el pánico de quedarse solo.

Solo que esta vez aquel niño era yo (253).

Los doce años de vida transcurridos le habían llevado a comprender que la etapa que comenzaba era dramáticamente distinta a lo vivido hasta el momento. La niñez y la adolescencia, amparadas con sus luces y sus sombras al calor del hogar, acompañado siempre por sus familiares y amigos del barrio, por los compañeros de escuela, por sus maestros y la gente de su pueblo había terminado. Comenzaba, para bien o para mal, la vida adulta (de allí las dudas y la inseguridad). De ahora en adelante, él sería dueño y señor de todos sus actos, los buenos y los malos. Y ya era lo suficientemente maduro para intuir que no siempre lo haría bien, y que el triunfo o la derrota serían ahora de su entera responsabilidad.

Como nos recuerda Marta Pérez López, la prologuista de esta publicación, compañera de escuela secundaria del autor, el motivo que da pie al título del libro es un curso de fisiculturismo que ofrecía un tal Charles Atlas en las contraportadas de los paquines de nuestros años juveniles. Para el delgado y acosado Albert de la memoria, la pregunta promocional del curso, «¿Está usted orgulloso de su cuerpo?», caló hondo. La vida le demostró que nunca llegaría a alcanzar el cuerpo perfecto del afamado fisiculturista con el que pensó lograr salir de la marginalidad física y, entre otras cosas, ganar popularidad entre las compañeras de escuela. Pero lo que sí logró a pesar de su fragilidad física fue crecer humana e intelectualmente.

Si se me pregunta con qué me quedaría de la lectura de *Quería ser como Charles*, sería con esto: es una historia de aprendizaje, de superación, de crecimiento humano y espiritual. ¿Podemos aspirar a más?

*En Yauco, a 29 de agosto de 2021*